



## CAPÍTULO XII.

### I.

#### EL MISMO ASUNTO.

**E**L Rey Felipe II no fué Mecenas solamente para las artes y pintores de España, sinó que protegió en grande escala además las escuelas y artistas de otros reinos. Díganlo sinó los maestros italianos, quienes con sus obras y modelos cantan muy acordemente en el cenobio escorialense la munificencia y grandeza del Monarca fundador. Tiene allí preferente lugar aquel *Ticiano Vecelio*, famoso en todo el mundo, á quien nombró pintor de Cámara el Católico Soberano. Mandóle hacer para su monasterio cuadros admirables y perfectísimos, algunos de los cuales consérvanse aún hoy formando adorno incomparable en aquellas moradas de la religión.

El P. Andrés Jiménez en su obra descriptiva del Real Monasterio, hablando primeramente de la gran protección que el Emperador Carlos V prestó al veneciano pintor, añade: «*No fueron inferiores los favores que le hizo el Señor Felipe II, á quien también retrató, y le dio de renta doscientos ducados anuales; y después que se volvió á Italia, le escribía varias veces con mucha afabilidad, encargándole diferentes pinturas de su mano; entre las que le envió el célebre y sin segundo Quadro de la Cena, que está en el Refectorio de este Monasterio*»<sup>1</sup>. Fuera nunca termi-

<sup>1</sup> Es sin duda esta famosa Cena uno de los lienzos más acabados y perfectos de nuestros museos. Fué pintado para presidir el salón espacioso del Refectorio del Escorial, donde permaneció siglos enteros. Hállase hoy muy bien conservado en las salas capitulares del Real Monasterio.

nar el referir por menudo aquella multitud de pinturas suyas, que hay en esta Casa; y no hay necesidad de ponderar su nobleza; que á todos es notoria aquella alta manera y gallardía de este Príncipe del colorido»<sup>1</sup>.

*Rómulo Cincinato* es otro de los pintores italianos que con muchas de sus obras sigue dando testimonio de cómo el Rey D. Felipe fué grande protector y amigo de las artes. Túvole con efecto, muy de su mano el Fundador del Escorial, y le mandó pintar en el regio Monasterio no pocos lienzos, tablas y frescos, que adornan y engrandecen sus mansiones religiosas. La Transfiguración y Cena del Señor que ostentan los dos trípticos de uno de los ángulos en el Claustro de las Procesiones, ofrécese ejecutados con dulzura y suavidad incomparables. En viéndolos, no hay sinó hincar las rodillas y adorar tan celestiales misterios, admirando la valentía y delicadeza del pincel, que sobre la materia basta del leño les supo dar prodigiosa animación y vida. Dejó también Cincinato en el Coro cuatro Historias, ó cuadros al fresco, bellísimos y de grande efecto. Dos de ellos traen á la memoria varios lances del martirio de San Lorenzo: los otros dos recomiendan la contemplación y seguimiento de la vida de San Jerónimo, Doctor de la Iglesia. Tampoco escasean otros modelos del mismo pincel en el Escorial y en varias ciudades de España, como Madrid y Cuenca, y singularmente Guadalajara, en el palacio del Duque del Infantado. «*Premió*, añade Jiménez, *el Señor Felipe II á Rómulo por las señaladas obras que aquí dejó, con sumas considerables, y todo el tiempo que vivió en España fué muy estimado*

<sup>1</sup> Nació Ticiano en Cador, cerca de Venecia; y para la pintura, en la escuela y dirección de Juan Bellino, maestro de mucha fama: después mostróse discípulo aventajadísimo del celebrado Georgión ó Jorge de Castel-Franco. Retrató Ticiano con aplauso y admiración universal á D. Carlos V, Emperador, á los Papas Sixto IV, Julio II, Paulo III, y á muchos otros personajes, Príncipes y Soberanos. Pintó por modo maravilloso numerosas obras, que contemplan las gentes en los museos principales de Europa. «*Murió el Ticiano de 99 años en el de 1576, habiendo dejado eternizado su nombre con las eminentes obras que le publican el Héroe famoso de aquellos tiempos.*» Jiménez, *Vidas de varios señalados Artífices*, en su *Descripción*, págs. 437 y 438.

de todos por su afabilidad y amable genio. Ultimamente murió en Madrid de crecida edad, por los años de 1600»<sup>1</sup>.

Asimismo *Peregrín de Peregrini* ó *Peregrín Tibaldi*, el discípulo más aventajado de Miguel Angel, predica también con producciones magníficas en el Real Convento, que D. Felipe II, por quien vino llamado á España, fué en sus tiempos amparo y vida de las artes. «Dibujó, escribe el citado autor, todas las Historias Sagradas que hay pintadas al fresco en el Claústro Bajo Principal<sup>2</sup>; y al óleo pintó el martirio de San Lorenzo, Nacimiento y Adoración de los Reyes del Altar Mayor, que se pusieron en lugar de las del Zúcaro. Son también suyas las Historias de la Bóveda de la Biblioteca, en donde parece se excedió á sí mismo, y otras muchas pinturas que hacen eterno su nombre en la Octava Maravilla. *En todas ellas dió mucho gusto al Señor Felipe II, que le premió de modo que llevó á su tierra cincuenta mil ducados y una plaza de Senador de Milán para un hijo*»<sup>3</sup>. De este modo y no de otro encadenaba el Rey Prudente el espíritu humano y se oponía al progreso y cultivo de las artes y del saber<sup>4</sup>.

Si levantara la cabeza aquel otro pintor insigne *Lucas Cangiassi* ó *Luqueto*, como vulgarmente le apellidan, confesaría también á gritos que el Rey Felipe II fué, con efecto, Mecenas

<sup>1</sup> Jiménez, *Descripción del Real Monasterio del Escorial*, pág. 435: Madrid, 1764. No es menester repetir que Rómulo Cincinato fué natural de la ilustre ciudad de Florencia, y una de las glorias principales de lo que llaman los artistas Escuela Florentina.

<sup>2</sup> En su mayor parte fueron llevadas á cabo por sus discípulos, pero á la vista y con la dirección del maestro.

<sup>3</sup> Jiménez, *Descripción*, pág. 432. Cumple apuntar aquí por vía de anotación importante, que el Rey Prudente era muy perito y entendido en materias de arte plástica. De suerte que los historiadores de la Maravilla Española más de una vez alaban su gusto y manera de juzgar lienzos pintados. Y añaden que á maestros muy celebrados tachó cuadros y picó frescos que lo merecían, mandando á otros artistas que los hicieran mejores para reemplazarlos.

<sup>4</sup> Apenas hay quien ignore que *Peregrín de Peregrini* tuvo por cuna la antigua y noble ciudad de Bolonia, donde hoy mismo se conserva su casa. Acabó sus días en Módena, después de haber enriquecido muchas naciones de Europa con sus cuadros. Corría el año 1606 cuando acaeció su muerte.

de los buenos artistas. Porque llamóle de Italia á España el Católico Monarca, luego que la muerte le privó de los pinceles del Mudo. Son muchos los cuadros que por encargo de Su Majestad dejó pintados al óleo y fresco este gran maestro del arte, para que fuesen norma del dibujo y admiración de las generaciones por venir. «En la iglesia principal dos grandes lienzos, San Juan Bautista predicando y Santa Ana: en la Antigua el martirio de las Once mil Vírgenes y la Batalla de San Miguel, y en la Capilla del Colegio un famoso Quadro del Martirio de San Lorenzo; y en todos se advierte cuán diestro era en plantar las figuras y mostrar sin dificultad todas las partes con singular proporción y movimiento»<sup>1</sup>. Quien conozca el escurialense Monasterio, tendrá seguramente en la memoria aquel fresco preciosísimo que se muestra en la bóveda de la Capilla Mayor, representando la Coronación de la Virgen Inmaculada, Madre de Dios, y la Gloria del Coro tan artística como teológicamente colocada. Ambos frescos, á cual mejor, salieron también del pincel de Luqueto. Hablando de la bóveda del Coro, añade á lo dicho el mismo autor que se va citando: «Concluyó Cangiassi la Gloria en quince meses, y habiéndola tasado en ocho mil ducados, le dió el Generoso Fundador doce mil»<sup>2</sup>. De donde y como de pasada se colige, que D. Felipe II remuneraba las obras y premiaba á los artistas con largueza y liberalidad de Rey<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Jiménez, *Descripción*, pág. 430.

<sup>2</sup> Allí mismo, pág. 430. Suelen los pintores que visitan aquel templo celebrar esta pintura magna del coro y la mucha destreza de Luqueto; pero casi todos la tachan de algún tanto pesada y monótona; y no advierten que su autor hubo de sujetarse al orden y colocación de las figuras que los teólogos le señalaron. Así y todo siempre se ofrece aquel fresco en mejor armonía con la severidad de la Basílica, que las no tan cristianas pinturas que por encargo de Carlos II dejó dibujadas Jordán en las demás bóvedas del templo.

<sup>3</sup> Nació el célebre Luqueto en la ciudad de Génova, cuyos templos católicos ofrecen muchos y muy lindos cuadros de su mano. Vino al Escorial llamado por S. M. en 1583; y en este mismo Real Sitio falleció terminada la obra del coro, la cual, dicen algunos autores que le produjo la muerte. Tan violenta hubo de ser la posición en que le fué preciso estar para llevar á cabo la pintura de aquella bóveda.

Muerto el genovés Luqueto, vino á reemplazarle el conocido pintor *Federico Zúcaro*, para que sus obras fueran también lengua permanente que testificara hasta hoy cuánto amaba el Rey Felipe II la verdad de la ciencia y las bellezas del arte. Llegó Zúcaro muy recomendado de personas graves al lado de D. Felipe, el cual «le recibió muy gustoso, juzgándole por el artífice más insigne de Italia.» La biografía de este célebre pintor es uno de los testimonios más patentes de cómo el Prudente Rey poseyó facultades estéticas y gusto artístico de mucho acierto y delicadeza. Como prueba clara de ello escribe Jiménez: «Entregósele desde luego (á Zúcaro) lo más principal, que fueron las pinturas del Altar Mayor y de los colaterales, con algunas estaciones al fresco del Claustro principal, y en ninguna dió gusto; por lo que mandó el Rey picar las del Claustro y que las pintase de nuevo *Peregrin*; y las de los Altares colaterales fueron también retocadas de orden de S. M. por Juan Gomez»<sup>1</sup>. Sábese también que casi todos los cuadros de Federico Zúcaro trabajados para el Altar mayor fueron quitados de allí por no satisfacer á los ideales del Rey, quien mandó retirarlos á la Iglesia vieja, donde aún se muestran hoy algunos de ellos. Y porque se palpe bien lo espléndido y maniroto de D. Felipe, añade el citado historiador: «Tres años estuvo (Zúcaro) en este Monasterio, en los que le dió el Rey á dos mil ducados por año, con otras particulares dádivas; y sin esto dicen, le mandó dar quatrocientos ducados anuales en la Italia, á donde se volvió desayrado y lleno de riqueza»<sup>2</sup>.

Es imposible continuar refiriendo tan por menor los beneficios y favores que el Rey Prudente dispensó á los mejores

<sup>1</sup> *Descripción del Real Monasterio*, por el P. Fr. Andrés Jiménez, pág. 444.

<sup>2</sup> A todos es notorio que Federico Zúcaro nació en Urbino, ciudad de Italia, en cuyas regiones no anduvo tan en desgracia con sus pinturas como en España. Así lo predicán hoy mismo los frescos de la cúpula de la catedral de Florencia y algunos otros que ostentan varios salones del Vaticano. Escribió un libro muy curioso, en que da idea con bastante erudición de los pintores, arquitectos y escultores, así como del dibujo, en discursos de mucho interés. Murió en dicha ciudad de Florencia, año de 1610.

pinceles de aquel siglo de tantas grandezas. Ni se puede dar idea, aunque sólo sea por incidencia, de todos y cada uno de los artistas llamados de varios reinos por el Monarca para enriquecer á la escurialense Maravilla y dejar en ella obras muy acabadas que sirvieran más tarde á Velázquez y cien otros artistas de fuera y dentro de España de modelos é inspiración. Y nótese aún que D. Felipe, con este grandioso objeto, trajo al Monasterio de San Lorenzo gran número de lienzos y tablas pintadas por manos suavísimas, españolas y de otras regiones, fomentando por tal senda el progreso y la perfección del arte. A su largueza y amor á lo bello debe España el poder mostrarse justamente envanecida con la posesión de muchos y de muy excelentes cuadros, que ostentan hoy mismo nuestros Museos. Para confirmar lo cual, Fray José de Sigüenza escribió lo que sigue: «He contado en lugares públicos y comunes deste convento, en claustros y capítulo, sacristía, celda del Prior, aposentos reales y algunas oficinas, más de doscientos y cincuenta cuadros de pintura, que es cosa admirable, y todas de piedad, de Dios y de sus santos, y sé que no me alargo. Ni tampoco pongo en este número los lienzos y quadros que llaman de Flandes, al temple, ni tampoco hago caso de los retratos de varones santos, ó doctos, señalados por alguna dignidad ó virtud.... que estos solos pasan de doscientos y veinte, todos de cuidado y excelentes»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Libro IV de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por Fray José de Sigüenza, Discurso XVII, pág. 829; Madrid, 1606. Añade allí mismo este renombrado autor: «que si se juntase una suma de toda la pintura y escultura y quanto aquí se ve dentro deste género que llaman dibuxo, ó diseño, pusiera admiracion.» Por demás sería apuntar que D. Felipe tenía comisiones por todas partes para que comprasen cuadros de los mejores pintores y escuelas de aquel siglo, como así lo hicieron, enviándole lienzos y tablas de los pinceles de Miguel Angel, Rafaél, Leonardo Vinci, Andrea del Sarto, Sebastián del Piombo, Paolo Veronés, Francisco Basano, Jerónimo Muciano, el Parmesano, Antonio de Acorezo, y de cien otros celeberrimos artistas de aquellos tiempos.